

La sombra de un abetal frena el desarrollo de plantas.

Los árboles ofrecen gran información de su pasado

La exposición “El bosque de la luz” de Biescas reveló detalles a partir de los anillos de crecimiento

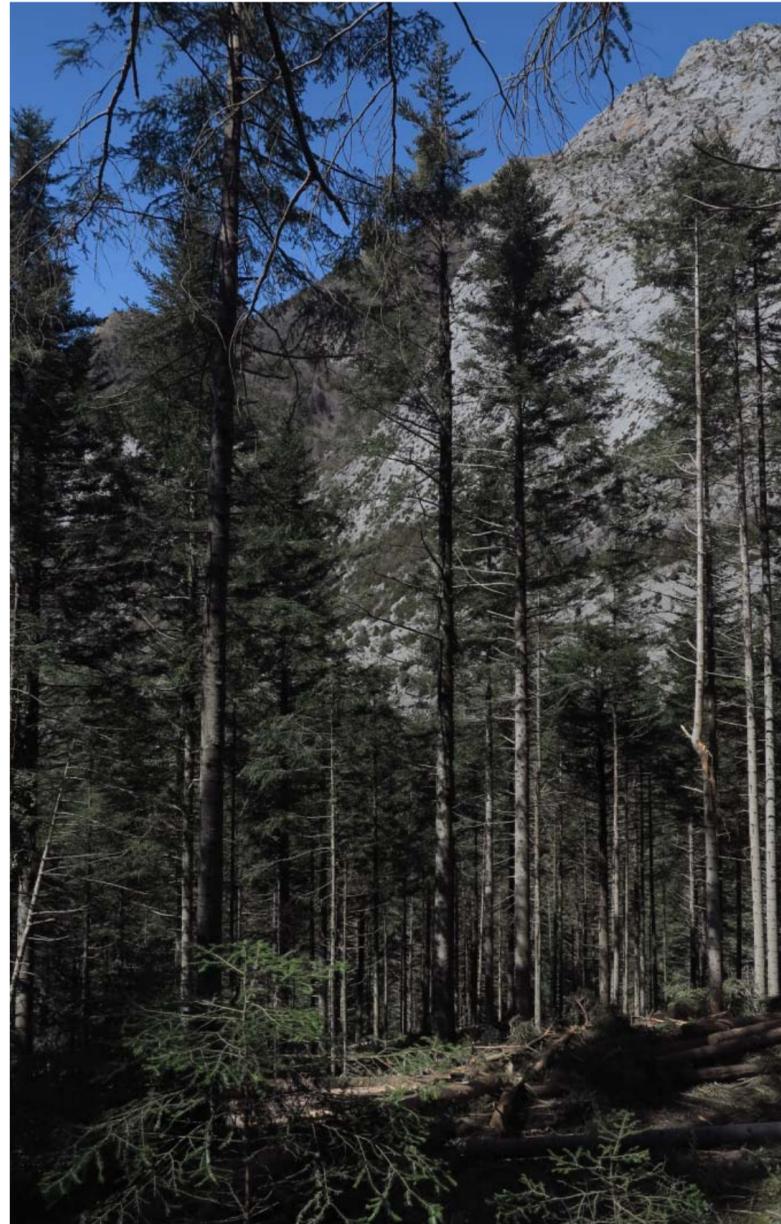
CONOCER el pasado de los árboles a través de la información que ofrecen sus anillos de crecimiento es una de las oportunidades que se pudo disfrutar en la exposición “El bosque de la luz”, situada en el espacio de La Sierra, Biescas. De los tocones provenientes de una tala en la Selva de Lasieso, fue posible comprobar cómo los abetos de un metro de diámetro “no crecieron casi en los primeros años de vida, a veces más de cincuenta años como muestran sus anillos de crecimiento muy estrechos, y de pronto su crecimiento se dispara con anillos muy an-

chos, coincidiendo con la caída de los abetos que les hacían sombra”, explica Miguel Ortega Martínez, divulgador de temas naturaleza, etnógrafo y técnico de: arboreo.org. En esta exposición, los participantes pudieron observar cómo es imprescindible conocer el mundo de raíces y hongos que se extiende bajo el suelo es para entender cómo funciona el bosque que vemos. “Hay abetos que vienen en pareja unidos por una raíz de manera que si uno de ellos perece, y el superviviente continúa manteniendo el vivo el tocón de su compañero”, subraya. Al estar situada la exposición en un antigua serrería “no po-

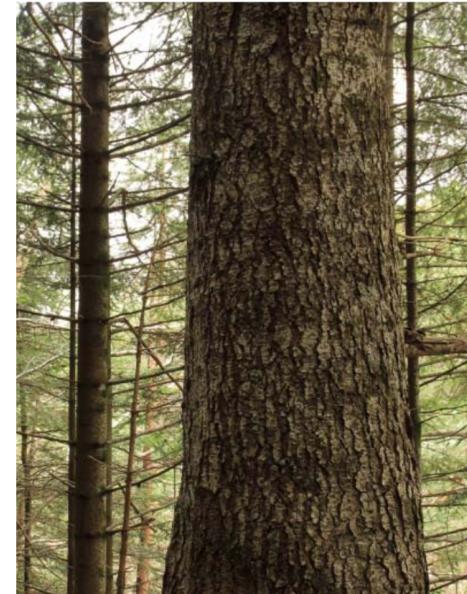
demo dejar de hablar de cómo funcionaba esta y, en especial, las anteriores cuando las tablas se cortaban con el esfuerzo de varios operarios o del agua”. De este modo, se lograba un tipo de aprovechamiento sostenible de los árboles, de los cuales se obtenía madera, leña y forraje para el rebaño durante el invierno sin necesidad de cortar los árboles, solo con el trasmocheo, poda, de los árboles. “Se trata de ejemplares de robles, cajicos, que hoy nos impresionan con su tamaño y encontramos cerca de las poblaciones”, comenta Ortega. Cuando paseamos por el interior de un bosque sentimos una sensación de paz y tranqui-

lidad, pero sin embargo algunos de sus pobladores están en guerra, luchan por un recurso que nosotros ni nos damos cuenta de su importancia, la luz del sol. Según explica el etnógrafo, “las plantas verdes necesitan muy poco para vivir: agua líquida, nutrientes minerales y energía para transformarlos en materia orgánica con la que crecer, y esa energía es la luz solar”. En los bosques, y en especial en los que no hay escasez de agua en verano, “los árboles dominantes crecen de tal modo que impiden que la luz llegue hasta el suelo, al menos en cantidad suficiente para la vida de otras plantas de talla más mo-

desta”, precisa. Ante esta situación, “las plantas tienen dos opciones: vivir en los bordes del bosque o desarrollar una serie de adaptaciones que les permiten vivir a la sombra de los árboles”, recalca el etnógrafo. Por su parte, las plantas trepadoras desarrollan otra estrategia. “En lugar de crear y acumular madera para formar imponentes troncos con los que llegar a la luz, se agarran a los árboles para acceder a la luz y competir con ellos”. Matiza que estas plantas “tienen el problema de que “sus raíces tienen que estar en el suelo muchos metros más abajo”. Esto lo soluciona una humilde planta, que crece sobre las



Aspecto ahilado de los abetos como consecuencia de la lucha por conseguir más cantidad de luz solar.



Tronco de abeto dominante junto a otros jóvenes.



Cuando hay muchos árboles hay pocas plantas de suelo.

Subida al Aspe, gigante entre lapiaces



Aspe, a la derecha de la imagen.

XXX . Dom_subtit_16Mae cenas euismod luctus lobortis. Cras sit amet nibh

Por CHEMA TAPIA

ASPE. Pico de la Garganta. Punta Esper... Los mapas no se ponen de acuerdo en ponerle nombre, pero eso no le importa, porque tiene identidad propia, y se alza sobre todas las cumbres que le rodean, sobre los abismos que forma su altivez. Al norte y levante desafía con los escarpes más verticales. Al sur, su cintura la cuida un enorme sistema de karst, con sus afiladas superficies y profundos foraos que hacen que debamos afinar bien el equilibrio. Aspe, entre grises y marrones.

El Aspe (2.640 m) es uno de los montes más altos de los Valles Occidentales y, desde luego, el que más de todo su macizo, incluido el de Bernera. Se alza altivo sobre el circo de Aísa, que forma al sur, uno distinto de los habituales; no es redondo, lo conforma un murallón lineal con las Llenas, lo que le diseña dos cabezas, al oeste hacia Napazal y collado del Bozo, y al este hacia Rigüelo y el de la Madalena. Todas las escorrentías de ambas cabeceras dan forma al río Estarrún. Y a vadearlo acudimos tras cruzar la valla, dejando arriba a nuestra izquierda el refugio de Saleras.

Se toma una evidente senda, por loma herbosa, que al poco se cruza con el GR II.1, esa variante del GR II trazada a menor latitud y convertida recientemente, igual que la principal, en Sendero Turístico de Aragón. Un abrevadero media para llegar a la base del embudo que ya se ha ido abriendo camino visual desde hace tiempo, y que marca la diferencia entre el mundo vegetal y el mineral. Un empinado embudo por el que tenemos que meternos para progresar hacia un gran anfiteatro en el que comienza ese imponente mundo pétreo que ha detenido el tiempo, y por el que hay que andar con delicado equilibrio. Pronto se nos muestra el objetivo con toda su altivez, ese enorme macizo marrón que se ha sabido alzar sobre la gris caliza. Hay que estar, pues, muy atento no solo a dónde se pisa, sino a ir buscando los hitos no siempre visibles en esa tiranía mineral, en ese mundo áspero de calizas, blandas calizas con la erosión, pero duras con el visitante. Una afilada roca de labrado lapiaz y profundos foratos que alcanzan la resaca alma de estas montañas, y que transitamos procurando detenernos cuando levantamos la vista para apreciar las bellas vistas que el ascenso nos va proporcionando. Se alcanza el paso de la Garganta de Aspe, que da vista al enorme espacio Esper, por donde se precipitan las aguas de estos macizos hacia el embudo de la Chorrotta del Aspe, en la misma muga, dando así comienzo al río del mismo nombre, y que discurre por el valle también del

mismo nombre, en territorio francés. Desde este ancho collado, nos enfrentamos a la incómoda ascensión a la antecima, por entre estrechas rallas calizas, hasta pasar por debajo de ella y llegar a otro paso, a partir del cual en poco está ya la llegada a la cumbre, una amplia cima que alberga su vértice geodésico, un buzón y una placa conmemorativa, y que en época estival es difícil no compartir con otros visitantes que, como nosotros, se solazan de las extraordinarias panorámicas. Las Llenas, Berneras, Bisaurín... a poniente; mundo Lecherines a levante, y la matriarca Collarada y su corona algo más allá. Por el norte, esa cuenca mencionada de Esper y los dominios de Candanchú y Astún. Y a mediodía esos valles pirenaicos que van dejando bascular sus aguas hacia el llano. El descenso se realiza por el mismo itinerario, con la opción de subir a esa antecima privada de nombre en los mapas. Dejando atrás el embudo, por más cómodo camino se llega al punto de partida. ●

FICHA TÉCNICA

- Duración: 5 h 30 min.
- Desnivel de subida: 1170 m.
- Desnivel bajada: 1170 m.
- Distancia: 10,2 km.
- Tipo de camino: ida y vuelta.
- Textos extraídos de: "100 cimas-100 paisajes. Aragón comarca a comarca", Chema Tapia, Prames, 2018.